



S. CAMILO DE LELIS, F.

En medio de las mayores ocupaciones ten siempre en la memoria aquella sentencia del Salvador: *Marta, Marta, andas muy solícita, y son muchas las cosas que te perturban; pero mira que sola una es necesaria;* y advierte que toda la solícitud de Marta era por servir al mismo Salvador. Donde hay turbacion no está Dios. *Non in commotione Dominus.* Nunca levantes el grito, habla sin conmocion y sin desentono, y obra con sosiego, pero no con tardanza. La paz del corazon no admite lentitudes, no sufre ociosidad, reprueba la delicadeza, y no se acomoda con ninguna pasion.

---

SAN CAMILO DE LELIS, FUNDADOR.

En todas sus operaciones es admirable la divina Providencia, y adorable aquel acertado orden, aunque escondido, con que dirige todas las cosas, de manera que sirvan eficazmente á la ejecucion de sus eternos disignios. Pero singularmente se hace ver este carácter en la sabia disposicion que hace de todas las causas naturales, dirigiendo unas por su mano, permitiendo la cooperacion de otras en orden á mantener la hermosa ciudad santa de la Iglesia, proveyéndola de cuando en cuando de varones eminentes en santidad que acrecienten de un modo nuevo su belleza. Pálpase esto claramente en la portentosa vida y proyectos admirables del bienaventurado san Camilo de Lelis.

Nació este santo en la villa de Voquianico, del reino de Nápoles, á 25 de mayo del año de 1550. Sus padres Juan de Lelis y Camila Compelio, aunque ilustres por su linaje, no eran abundantes de bienes de fortuna, pues esta les negó en la carrera de las armas que seguia Juan los premios debidos, sin embargo de que no le



habia escaseado los trabajos. La concepcion de nuestro santo fué ciertamente maravillosa, pues su madre tenia ya cerca de sesenta años de edad, y tal debilidad en su constitucion, que toda razon humana debia juzgarla estéril. Pocos dias antes de dar á luz á Camilo tuvo un misterioso sueño, que su temor y debilidad interpretaron siniestramente, presagiando en el fruto de sus entrañas miserias y delitos. Parecióle que el niño que paria sacaba una cruz en el pecho, y que le seguian otros muchos niños con unas cruces semejantes, lo cual hizo concebir que su hijo seria capitán de bandidos. Pensamiento errado, que solo podia caber en una imaginacion debilitada con la flaqueza, puesto que las gentes abandonadas á la corrupcion de su corazon siempre alejan de sí las señales de piedad, y principalmente la superior de todas ellas, que es la cruz sacrosanta. Al tiempo del parto, viéndose en peligro de la vida por su dificultad, hizo, por superior inspiracion, que la bajasen al establo, en cuyo lugar humilde dió felizmente á luz á Camilo, disponiendo el cielo que fuese en esto semejante su nacimiento al de muchos santos, y principalmente al capitán de todos ellos Jesucristo. Con la turbacion y desasosiego que trae consigo la carrera de las armas pudieron sus padres poner muy poca atencion en darle una educacion arreglada y virtuosa; y aunque le enviaron á la escuela, la falta de sujecion y las inclinaciones corrompidas de una naturaleza viciada apenas le permitieron aprender á leer y escribir. Por el contrario, hacia grandes progresos en la relajacion, extendiéndose la corrupcion de su alma á diversiones mas peligrosas que las que suelen entretener los primeros años de la vida. Tenia una pasion decidida al juego de naipes y de dados, y en satisfacerla ponía todo su esmero. En esto empleó mucha parte de su juventud, buscando las malas compañías de otros jóvenes

disipados por los vicios que son anexos á un entero olvido de la ley de Dios, y á un total abandono á los engaños del mundo.

De esta manera llegó Camilo á la edad de diez y nueve años; en la cual, deseando su padre cortar los extravios de su juventud y darle una carrera proporcionada á la nobleza de su sangre, le persuadió á que, en compañía de dos primos suyos, abrazase el estado militar, como lo habian hecho sus ascendientes. Tenia á la sazón la república de Venecia guerra contra los turcos; y juzgando que, alistándose en sus banderas, podrian hacer lucir su valor y alcanzar grandes honras, marcharon para Ancona, en donde se alistaban las galeras en que debian embarcarse. Pero en esta ciudad enfermaron tan gravemente el padre y el hijo, que no pudieron seguir su proyecto. Determinaron volverse á su pueblo; y habiendo llegado al lugar de San Lupidio, acometió á Juan de Lelis una enfermedad tan aguda, que se conoció bien que era la última de su vida. Recibió los santos sacramentos con mucha compuncion y lágrimas, y descansó en el Señor, dejando anegado en ellas á su hijo Camilo. Siguió este su viaje, y en la ciudad de Fermo oyó una de aquellas aldabadas con que suele llamar al corazon del hombre la divina misericordia para apartarle de los caminos de perdicion. Vió casualmente á dos religiosos franciscanos observantes con tal compostura y modestia, y pintada tan vivamente en su rostro la santidad de sus costumbres, que esta vista le compungió su alma y le hizo avergonzarse de su vida disipada. Fué esta compuncion en aquel punto tan fervorosa, que determinó arreglar su conducta, y para conseguirlo con mas facilidad hizo allí mismo voto de tomar el hábito de san Francisco. A fin de cumplirle partió á la ciudad de Aquileya, en donde la oportunidad de ser un tío suyo guardian



del convento que allí tienen los religiosos franciscanos observantes le ofrecia el cumplimiento de sus deseos. Comunicó estos á su tío; le hizo saber asimismo el voto que habia hecho, pidiéndole con instancia que se dignase darle el hábito. Negóse á ello su tío, creyendo acaso su vocacion volandera, ó tal vez porque de antemano estaba bien informado de lo estragado de su vida y relajado de sus costumbres. Olvidó por entonces Camilo lo que habia prometido á Dios: asaltaron diferentes deseos á su corazon; pero viendo que una llaga peligrosa que tenia en una pierna amenazaba á su vida, y le hacia inútiles sus proyectos, determinó pasar á Roma para curarse radicalmente. Diéronle en esta ciudad noticias de que el hospital de Santiago de los incurables era el sitio mas á propósito para su curacion, por estar al cuidado de los mas hábiles cirujanos de aquella capital del mundo. Hizo sus diligencias para entrar en aquel hospital de sirviente, y habiéndolo logrado, se puso en cura, que consiguió, aunque no del todo. Como la pasion al juego se habia apoderado de su alma desde los tiernos años, habia pasado no solamente á costumbre, sino casi tambien á naturaleza: por esta causa le precipitaba de modo, que desatendia á sus obligaciones, armaba pendencias con los enfermeros y le hacia inútil en su oficio. Reprendióle diferentes veces el administrador, pero sin fruto, hasta que, hallándole una vez una baraja debajo de la almohada ocasion que acababan de reprenderle, y él de dar palabra de apartarse del juego, le juzgaron incorregible, y como á tal le echaron del hospital.

Viéndose Camilo sin oficio ni modo con que sustentar su vida, sentó plaza de soldado, y sirvió á la república de Venecia en las guerras contra el turco, y sucesivamente á la corona de España. Vióse en este tiempo en diferentes peligros de perder la vida, sin

que ninguno de ellos le despertase del funesto letargo en que le tenian sumido los vicios. Pero hallándose en la isla de Corfú con una enfermedad peligrosa, destituido de todo humano socorro y sin esperanza de vida, se volvió á Dios, lloró sus culpas, las confesó, y recibiendo el sagrado viático, recobró la salud con tan soberano alimento. Pasando despues á Nápoles, y padeciendo una tormenta en que todos se juzgaban perdidos, renovó el voto que habia hecho; pero llegando á esta ciudad, volvió otra vez al juego con tal desenfreno, que perdió cuanto tenia hasta la camisa que llevaba puesta. Despidieron á los soldados de la armada, y quedó Camilo en estado tan miserable, que en Manfredonia tuvo que pedir limosna para sustentarse. Viéndole jóven y apto para el trabajo un noble llamado Antonio Nicastro, le persuadió que se aplicase á él, ofreciendo facilitársele en la obra que á la sazón tenian los padres capuchinos. Disuadióle de aceptar semejante ocupacion un compañero suyo, acostumbrado como él á la vida vagamunda y holgazana; pero Camilo movido de Dios, que ya con enfermedades, ya con peligros de la vida y ya con la miseria procuraba atraer á sí á esta oveja descarriada, desamparó á su compañero, y se puso á servir en el convento de los capuchinos. Diéronle el encargo de acarrear piedra y cal con unos jumentos, y aunque el ejercicio era penoso, no solamente por el trabajo, sino por la bajeza y por las burlas de los muchachos á que le exponia; le prefirió á una vergonzosa y miserable mendiguez. Ya habia llegado el tiempo en que la diestra de Dios, á cuyo poder no hay nada que se resista, habia determinado emblandecer el corazon de Camilo, y hacer vaso de eleccion al que antes le habia sido de inmundicia. Valióse para esto del guardian del convento de capuchinos de la villa de San Juan, adonde le habia enviado con sus jumentos por



una carga de vino. Aquel venerable padre le habló con tanta unción y fervor de la Justicia divina, de la gravedad del pecado y de las penas del infierno, que sus palabras penetraron hondamente en el corazón de Camilo como agudas y penetrante saetas. Volvió este por el camino rumiando lo que el venerable guardían le había dicho, y repentinamente se apoderó de su entendimiento una luz tan clara y copiosa, que le hizo ver todos los horrores de su vida, y toda la misericordia con que Dios le había librado de los suplicios eternos. Arrodillóse en medio del campo, hechos sus ojos dos fuentes de lágrimas, pidiendo á Dios perdon, y ofreciéndole con las mayores veras hacerse inmediatamente capuchino, para lavar con lágrimas de penitencia todas las manchas de su pasada vida.

Esta conversion admirable sucedió por los años de 1575, el dia de la Purificacion de nuestra Señora, y teniendo Camilo veinte y cinco años de edad. Apenas volvió á Manfredonia se fué al padre guardían, y con lágrimas en los ojos le refirió cuanto le había pasado, pidiéndole por amor de Jesucristo no le retardase el favor de vestirle el hábito de capuchino, para tener el consuelo de haber cumplido á Dios el voto que le había hecho. No pudo resistirse el guardían ni los demás religiosos á las fervorosas súplicas de Camilo; antes bien estas hicieron tanta impresion en todos ellos, que quisieron que tomase el hábito para sacerdote, á lo que no pudieron reducir al fervoroso alumno de la divina gracia. Hecho religioso, comenzó á manifestar que tanto su conversion como su vocacion á aquel estado habian sido obra de la diestra del Todopoderoso, quien con su gracia procuraba llevarla á la mas alta perfeccion. Gozoso se hallaba Camilo entre los rigores, asperezas, pobreza y penitencia de la religion; pero habiéndosele renovado con

el continuo ludir del hábito la llaga peligrosa que tenia en la pierna, ni él pudo seguir en aquel tenor de vida, ni los religiosos pudieron consentirlo, sin embargo de que estimaban sumamente las heróicas virtudes que advertian en él, y con que los tenia edificados. Prometiéronle que le recibirian siempre que sanase de su llaga, y esta promesa suavizó la amargura que produjo en su corazón el no verse contado entre los hijos de san Francisco. Volvió á Roma á buscar su curacion en el mismo hospital en que antes la había logrado, y al mismo tiempo para enriquecer su alma con el espiritual tesoro del jubileo de año santo, que estaba publicado entonces. Confesábase Camilo con el glorioso san Felipe Neri, á cuyas instrucciones debia gran parte de su fervor. Con este santo comunicó el proyecto de volver á los capuchinos viéndose ya curado de su llaga, y san Felipe le aconsejó que no volviese, porque se le renovaria y se verian frustrados sus deseos, como en efecto se verificó. Viéndose el santo despedido segunda vez de la religion de los capuchinos, se desvanecieron todos sus escrúpulos, y llegó á convencerse de que Dios queria que le sirviese en otro estado. Volvióse á Roma, buscó á san Felipe Neri, el cual, viéndole, le dijo: ó buen Camilo, ¿no te decia yo que no volvieses á la religion de los capuchinos, porque no podrias perseverar en ella? Acaricióle mucho el santo, encargóse de su direccion, y estando vacante entonces el empleo de mayordomo del hospital de Santiago, le pretendió y logró Camilo, siendo su caridad y demás virtudes los intercesores mas poderosos que movieron á los administradores á confiarle aquel empleo. Portóse el santo en él con tanto zelo, que en breve tiempo parecia el hospital un observante monasterio de perfectos religiosos. Velaba dia y noche sobre la asistencia de los enfermos; él les hacia las camas, los



curaba y asistía, prefiriendo entre todos su compasión y ternura á los que padecían enfermedades más asquerosas. Su ejemplo era el mayor incentivo que obligaba á cumplir con su obligación á los enfermeros. A los que encontraba descuidados ú omisos los reprendía con dulzura, logrando sus exhortaciones lo que no pudieran los castigos. Pero se afligía su alma viendo que todas sus solicitudes no bastaban para que dejasen de morir muchos sin todos los auxilios espirituales que necesitan los enfermos en las horas postrimeras. Esta falta penetraba su corazón tan vivamente, que pedía á Dios en la oración se dignase proveer á este mal con remedios oportunos.

El Señor, que veía la pureza de corazón y santo zelo de donde nacían las súplicas de su siervo, determinó favorecer sus santos deseos, inspirándole un proyecto que llevaría después á ejecución su poderosa mano. Estando el santo en fervorosa oración, le vino al pensamiento que la falta de auxilio que los enfermos experimentaban podría remediarse instituyendo una congregación, cuyos individuos no tuviesen otro objeto que asistir á los enfermos, sin esperanza de más recompensa que la que tiene Dios prometida á la virtud. Comunicó este pensamiento á nueve sujetos de los que asistían en el hospital, en cuya piedad halló su propuesta toda la buena acogida que esperaba. Con tan feliz principio dispuso en el mismo hospital un oratorio, en donde se juntaban todos para el rezo, la oración y la disciplina, y de donde salían tan encendidos en amor de Dios y del prójimo, que era palpable el gran beneficio que de esta pequeña junta recibían los enfermos. Pero el enemigo común, contrario siempre á las empresas virtuosas, procuró y consiguió desvanecer esta en sus principios. Por influjo y malas persuasiones de un ministro del hospital llegaron á temer los diputados que aquella

nueva congregación había de llegar á levantarse con el gobierno; y después de haber dicho al santo muchas ásperas razones, ellos por sí mismos deshicieron el oratorio. Afligido Camilo con esta desgracia, se llevó á su aposento un grande y devotísimo crucifijo, delante del cual oraba; y estando delante le él vertiendo muchas lágrimas arrancadas por la destrucción de aquella obra caritativa, advirtió que el divino Salvador, desclavando las manos de la cruz, le decía con gran ternura: « ¿De qué te afliges, ó pusilánime? sigue la empresa, que yo te ayudaré en una obra que es toda mía y no tuya. » Con este maravilloso favor cobró Camilo nuevo esfuerzo, y se resolvió á juntar su congregación fuera del hospital, con cuyo designio, á pesar de su grande humildad, determinó hacerse sacerdote. No sabía gramática, y le faltaban rentas á cuyo título pudiese ordenarse. Lo primero lo venció su humildad, no desdenándose de asistir á la edad de treinta y dos años á estudiar la gramática en compañía de los niños; y lo segundo lo venció Dios, moviendo el corazón de un ciudadano romano para que de sus bienes le señalase congrua suficiente. Vencidas todas las dificultades, se ordenó de sacerdote en el día de Pentecostés en el año de 1584.

Viéndose Camilo con todas las disposiciones previas para verificar su intento, renunció el oficio de mayordomo; y los diputados, en premio de sus buenos servicios, le hicieron capellán de la iglesia de nuestra Señora de los Milagros. En una casa contigua á ella fijó Camilo su residencia con dos compañeros de su mismo espíritu, y comenzaron á echar los fundamentos de aquella grande obra. En aquella casita tenían sus juntas espirituales, rezando las letanías con otras muchas devociones, ejercitándose en la oración, y animándose mutuamente al más exacto



plumplimiento de su instituto caritativo que habian abrazado. De allí salian encendidos en caridad, la que iban á practicar en el hospital del Espiritu Santo, el mas grande y famoso que tiene Roma. En él consumian las mañanas, las tardes y gran parte de la noche, segun lo exigian las necesidades de los enfermos. Servian á estos con el mayor esmero, haciéndoles las camas, administrándoles la comida y limpiándoles las inmundicias. No habia enfermedad, por asquerosa y contagiosa que fuese, que bastase á entibiar el fuego de amor del prójimo que ardía en sus pechos, antes bien esto mismo era el mas poderoso incentivo para atraer su cuidado y servicio. Pero en lo que mas esmero ponian era en instruir á los enfermos en la doctrina cristiana, en exhortarlos á sufrir con paciencia las enfermedades, en prepararlos para recibir confort los santos sacramentos, y últimamente en confortar sus almas con palabras de mucho consuelo y ternura en el trance último de la muerte. Divulgaronse estos caritativos oficios por toda la ciudad, y en breve tiempo tuvo Camilo muchos compañeros, que movidos de superior impulso querian seguir su instituto. Los vecinos de Roma, viendo la gracia particular que aquellos nuevos ministros de los enfermos tenian para asistirlos en la agonía de una manera que tranquilizaban sus almas, los llamaban á sus casas para recibir de ellos el mismo consuelo.

Viendo san Camilo la prosperidad con que conducia Dios sus intentos, y que tenia un número suficiente de compañeros para formar la congregacion proyectada, solicitó del santo padre Sixto V un breve apostólico que aprobase aquella congregacion; y en efecto lo logró, siendo aprobada á 18 de marzo de 1586. Gregorio XIV, satisfecho de los provechosos servicios que esta congregacion hacia al pueblo cristiano, la elevó á estado formal de religion por

bula expedida á 15 de octubre de 1591, eligiendo á Camilo por general perpetuo de la religion que habia fundado. Viendo el siervo de Dios perfectamente cumplidos sus deseos, aplicó toda su atencion á la propagacion de su instituto y al cuidado de los enfermos. Son indecibles sus diligencias, sus ansias y trabajos para cuidar de que los hospitales estuviesen bien provistos, servidos y consolados los dolientes. Hizo para este efecto muchos y penosos viajes; extendiéndose su caridad á todo género de necesitados, á quienes socorria con tan copiosas limosnas, que obligó á cooperar á ellas con sus milagros á la divina Omnipotencia. Manifestábase en todo un hombre de caridad, haciéndose todo para todos, y deseando hacer sacrificio de su vida en beneficio de sus hermanos. Vióse esto con mas claridad en el año de 1594, en que Dios afligió á Roma con una peste funesta. Este terrible monstruo, acompañado de la hambre, parece que queria desolar aquella ciudad. Todas las casas, principalmente de gente pobre, estaban llenas de contagiados y de miserables, que, faltos de todo auxilio, rendian la vida, acabados por la necesidad ó por la peste. Los que quedaban libres desatendian el cuidado de los infelices para precaverse del contagio. Por todas partes se veian ó cadáveres ó moribundos, que, puestos en el último extremo, destituidos de todo amparo, esperaban la muerte, sin mas consuelo que el verse morir mutuamente padres é hijos sin poderse dar socorro. En esta situacion tan dolorosa fué un remedio universal la caridad de Camilo y de sus hijos, quienes, sin reparar en trabajos, incomodidades, ni en el peligro de la vida, acudian á todas partes para asistir á los enfermos. Aplicábanles medicinas, administrábanles el sustento, limpiaban sus asquerosidades, dando del modo posible alivio y consuelo á todos. Sucedió alguna vez hallarse casas



cerradas, porque todos sus habitantes se hallaban enfermos y debilitados, de manera que no tenían fuerzas para levantarse á abrir las puertas. Camilo llevaba escaleras, entraba por las ventanas, y de este modo hacia á aquellos infelices participantes de su caridad. No se contentaba esta con sus servicios personales, sino que persuadía á las personas ricas á que concurriesen con sus limosnas para multiplicar con ellas los socorros, y facilitar el alivio de tantos necesitados. Buscaba gente á su sueldo, y hacia que fuesen por los establos y caballerizas, y por otros lugares en donde estaban los enfermos rodeados de cadáveres y ya casi sin aliento. Hacía los conducir á los hospitales y á otros lugares oportunos, en donde por sus diligencias recuperaban la salud, ó morían consolados, recibiendo los santos sacramentos de la penitencia y de la Eucaristía.

Terrible fué el azote que recibió Roma con esta peste, y sin duda hubiera quedado despoblada, si en Camilo y sus hijos no hubiera preparado sabiamente la divina Providencia el remedio á tantas calamidades. No se acabaron estas con la extincion del contagio, porque de allí á dos años, saliendo el Tiber de madre, causó nuevos estragos, y puso en gran consternacion á todos sus vecinos. Principalmente experimentó los funestos efectos el hospital del Espíritu Santo, adonde llegó la inundacion de las aguas, de manera que ya casi se anegaban los desvalidos enfermos. Apenas llegó á noticia de Camilo este terrible conflicto, cuando voló desolado al hospital, y entrando por el agua en las piezas inundadas, comenzó á sacar enfermos sobre sus propios hombros, y hasta las camas mismas, perseverando dia y noche en aquel trabajo por espacio de tres dias. Igual beneficio experimentaron las ciudades de Nola y de Mialn en tiempo en que la Justicia divina castigaba los pecados de los

hombres con una terrible peste. Morían los infelices en las plazas y calles, apartando el rezelo de perder la vida aun á los mas piadosos de las camas de los enfermos. No sucedió así con Camilo y sus religiosos, quienes, apenas tuvieron noticia de aquella calamidad, corrieron presurosos á remediarla, haciendo sacrificio de sus vidas, siendo menester, en las aras de la caridad. Sucedió así en efecto, porque, pegándose el contagio á cinco de sus hijos, lograron una gloriosa muerte por salvar la vida á sus prójimos. Era sensible esta falta á Camilo, porque advertía que cada uno de aquellos primeros compañeros que se le juntaban era un horno de caridad y un ejemplar vivo de todas las virtudes. Pero como su instituto era todo obra de Dios, y su objeto el servir y consolar á los prójimos en las mas extremadas miserias, cuidaban de su conservacion y propagacion Dios y los hombres. Por cada uno que moría acudían muchos varones piadosos que pretendían abrazar el instituto, siendo los muertos como los granos de trigo del Evangelio, que multiplicaban prodigiosamente los frutos. La mayor parte de las ciudades de Italia pretendía que Camilo estableciese un convento, prometiéndole por su parte ayudar á la fábrica, y proporcionar las subsistencias temporales en cambio de los espirituales socorros que habían de recibir. De esta manera se vió este naciente instituto maravillosamente propagado por toda Italia, en donde se demarcaron varias provincias para establecer con mayor facilidad la observancia regular, el órden y la obediencia. Visitábalas todas el glorioso patriarca por sí mismo, sin que ni lo penoso de los caminos, ni la escasez de los medios entibiasen su ardiente zelo. Los puntos mas esenciales de sus visitas eran únicamente pertenecientes á la caridad. Si se asistía con esmero á los enfermos; si se les regalaba y consolaba; si se les suministraban todos los